



www.loqueleo.com/uy

© 2012, Helen Velando

© De esta edición:

2018, Ediciones Santillana, S. A.

Juan Manuel Blanes 1132. 11200. Montevideo, Uruguay

Teléfono: 2410 7342

ISBN: 978-9974-92-050-7

Printed in Uruguay - Impreso en Uruguay

Primera edición: setiembre de 2018

3 ediciones anteriores publicada en el Grupo Santillana

Dirección de Arte:

José Crespo y Rosa Marín

Proyecto gráfico:

Marisol Del Burgo, Rubén Chumillas y Julia Ortega

Ilustraciones de cubierta y de interior:

Lucía Franco

Página 237: canción *Rambla y Paraguay*, compuesta por Helen Velando

Todos los derechos reservados.

Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en, o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma, ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o cualquier otro medio conocido o por conocer, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

Secretos en la Posada Vieja

Helen Velando

loqueleg

A mis padres.

*Por los sueños perdidos,
por los que cumplí
y por los que vendrán.*

Una tarde junto al océano



9

Ya nunca podré olvidar esa última noche de verano. Una noche oscura y llena de misterios. La noche en que decidimos descubrir los secretos de la Posada Vieja.

Todo comenzó una tarde mientras caminaba junto al océano. Soplaban el viento desde el sur levantando remolinos de arena más allá de las dunas. Yo avanzaba solo por la orilla, hundiendo mis pies en la arena gruesa y rompiendo a mi paso caparazones de crustáceos mientras el agua me salpicaba.

El mar era gris y las olas rompían llenas de espuma dejando un sabor intenso a salitre en el aire. Algunas gaviotas porfiadas elevaban vuelo y los graciosos gaviotines caminaban muy juntos tratando de evitar ser arrastrados por el viento. De pronto, desde lo alto de los médanos mis dos amigos bajaron en una loca carrera y me llevaron por delante. Los tres quedamos tirados en la

arena y nos reímos porque a Alexia se le enredó la pinza de un cangrejo anaranjado en el pelo y a Valentín se le pegó un manojo de algas en la frente. Yo simplemente me llené de arena y agarré la mano extendida de mi amigo para levantarme.

10 Seguimos caminando juntos sin hablar, no hacía falta que dijéramos nada, estábamos un poco tristes por la partida. Faltaban apenas dos días para que terminaran nuestras vacaciones. Descubrir aquel pueblo perdido junto al océano me había parecido mágico y ya lo estaba extrañando. Además había hecho amigos y me iba a costar separarme de ellos. Sin querer nos fuimos alejando del pueblo y caminamos cerca de dos quilómetros hasta que llegamos a una punta rocosa. Íbamos a dar la vuelta, sin embargo Valentín insistió en que nos subiéramos a la roca más alta para ver la playa siguiente. Trepamos los tres saltando como monos y al llegar arriba Alexia quedó petrificada. Ella había sido la primera en llegar y estaba de pie en el punto más alto mirando a lo lejos. Nosotros la alcanzamos un tanto agitados y entonces también la vimos: allí estaba recortada contra el cielo la silueta fantasmal de la gran construcción.

El sol todavía no se había ocultado aunque ya se aproximaba al horizonte, y la casona de piedra de más de dos pisos, que se elevaba sobre un promontorio rocoso, se iba volviendo cada vez más oscura, sobre un fondo anaranjado y añil.

Muchas eran las historias que se contaban en el pueblo acerca de aquella posada abandonada desde hacía décadas, y nadie sabía muy bien por qué se habían ido sus dueños.

Simplemente un día habían desaparecido y la Posada Vieja había quedado muda, guardando sus secretos.

Entonces fue que se nos ocurrió: pasar la última noche de aquel verano en la vieja posada. Fue una idea temeraria y algo alocada, pero regresamos los tres haciendo planes y corriendo entre risas y gritos. Parecía que la tristeza de la próxima partida se la había llevado una inmensa ola.

Esa noche casi no pude dormir. Tuve sueños agitados, olas enormes que se mezclaban con el graznido de pájaros volando, arena que se elevaba formando remolinos y la silueta de la casona de piedra sobre el promontorio rocoso. Me desperté sudando y, poco a poco, recobré la serenidad al escuchar claramente el sonido del mar cercano. Con la luz de la luna que entraba por mi ventana reconocí las formas de mi cuarto y me volví a dormir. Cuando desperté todavía no se me había ocurrido ninguna idea para poder pasar la última noche en la posada.

Luego de desayunar, mi hermano se fue a pescar con mi padre y, aunque insistieron, me negué a acompañarlos. Levanté las tazas, me cambié apresuradamente y cuando me iba escuché a mi madre gritándome una recomendación por la ventana de la cocina, mientras yo salía por la puerta trasera. Le contesté elevando mi mano y tirándole un beso. Luego me lancé corriendo por el camino de pasto y juncos que llevaba a la playa del pueblo. Allí me esperaban los dos, competían lanzando cantos rodados al agua.

Los había conocido aquel verano y nos habíamos vuelto inseparables. Teníamos casi la misma edad y en

aquel pueblo no había mucho para hacer, por eso la pasábamos muy bien juntos.

El cabello castaño de Alexia tenía reflejos tornasolados y brillaba al sol, sus piernas flacas corrían hasta agacharse a buscar otra piedra y zambullirla en las aguas verdes. Valentín en cambio tenía el pelo negro y la piel muy blanca, y a pesar de que había transcurrido casi un mes desde que llegó no se había bronceado mucho. Mi piel lucía un color chocolate y mi cabello se había vuelto más rubio a medida que fueron pasando los días.

12

–¡No pude dormir en toda la noche! –dije a modo de saludo.

Los dos se volvieron y al ver sus rostros me di cuenta de que a ellos les había ocurrido algo similar. Los dos tenían cara de sueño y por si fuera poco Valentín bostezó.

–¿Se te ocurrió algo? –me preguntó ella.

–Bueno... Sí, claro –mentí porque me dio vergüenza admitir que no tenía ningún plan.

–¿Qué pensaste? –me lanzó una piedra a los pies Valentín con una sonrisa.

Yo me quedé mudo intentando ganar tiempo y empecé a dibujar círculos en la arena con una pluma de gaviota. Alexia por fortuna tomó la palabra.

–Yo pensé un plan, aunque ayer cuando llegué a casa... –se detuvo como si dudara.

–¿Qué pasó? –quise saber.

–Ayer cuando llegué a casa le conté a mi madre que habíamos caminado por la playa hasta llegar a la punta lejana y que nos subimos en la roca más alta...

-¿Y?

-Le dije que desde allí se divisaba muy bien la Posada Vieja. Mi madre cambió el tono de voz y me preguntó si habíamos ido hasta allí. Yo le dije la verdad, que no, que habíamos vuelto porque se venía la noche. Le pregunté si le pasaba algo porque de repente se había puesto muy seria. Me contestó que no y me repitió la pregunta. Entonces volví a decirle que habíamos regresado porque se venía la noche. Para ella fue un alivio, su cara cambió y la sonrisa le volvió a los labios. Le pregunté qué sabía de la vieja posada y por qué la habían abandonado sus dueños. Me contestó que no sabía muy bien y me advirtió que lo mejor era no acercarse a ese lugar. Después no hubo forma de que me contara nada más. Cambió de tema, cenamos y se acostó temprano a leer.

13

Valentín nos confesó que también estaba un poco nervioso con la idea de pasar la noche en aquel lugar. Y aunque en su casa no había comentado nuestra caminata, sabía muy bien lo que opinaba su abuelo. En el dormitorio, sobre una vieja cómoda, había una foto muy vieja, de cuando la posada estaba en todo su esplendor, y en todos los años en que había veraneado en el pueblo nunca logró que su abuelo le contara mucho acerca de aquella misteriosa construcción. Lo único que le había dicho es que escondía muchos secretos y que no hacía falta andar sacudiendo fantasmas. Eso había dicho, sacudiendo fantasmas.

-Bueno, que mi madre y tu abuelo no quieran ni oír hablar de la posada no va a cambiar nuestros planes

–aseguró ella como para que nos quedara claro que no teníamos por qué retroceder.

–No, Alexia, pero a lo mejor podemos hacer alguna otra cosa –me animé a decir.

–¡No, claro que no, Juanchi! –se enojó–. Hoy pasaremos la noche en la posada –afirmó con seguridad–. Dije que tenía un plan y tengo un buen plan.

Nos pusimos a escucharla mientras las olas verdes se desmayaban en la orilla y las arenas blancas empezaban a reverberar con el sol. Faltaban unas cuantas horas para que llegara la noche y la Posada Vieja seguía erguida sobre el lomo de piedra, muda y calcinada bajo el sol.

Camino a la posada



15

El clima había cambiado bastante en la tarde, un viento sur había elevado las olas y el mar se había vuelto arisco y picado. No quedaba nadie en la playa. Miré desde la ventana de mi cuarto y pude divisar unas nubes negras y púrpuras en el horizonte. Debo reconocer que me sentía muy nervioso y que tuve que disimular mi inquietud para que en casa nadie sospechara. Al día siguiente nos íbamos, así que había mucho trabajo por hacer, por fortuna eso nos mantenía a todos ocupados. Cuando ya estaba atardeciendo mi padre preguntó qué era eso de ir a pasar la última noche a la casa de mis amigos, más precisamente a la casa de Valentín.

–Vamos a hacer una fiesta de pijamas. Se nos ocurrió que era una buena forma de festejar el final de las vacaciones. Como mañana nos vamos todos...

–¿Y por qué no se vienen para acá? Tenemos lugar de sobra –ofreció mi madre.

Por suerte a mi padre no le pareció una buena idea; pasar esa última noche de vacaciones con tres adolescentes charlando hasta altas horas de la madrugada no era su idea de celebrar el final del descanso, sino más bien todo lo contrario.

–Es que Valentín se está quedando en la casa de su abuelo y ahí no molestamos a nadie porque el señor es medio sordo. Además...

16

No hizo falta seguir con la perorata, ya estaban convencidos de que era lo mejor. Salvo por mi hermano, que tuvo la brillante idea de preguntar en dónde quedaba exactamente la casa.

–En las afueras del pueblo. Casi en la última duna junto a la carretera.

–¿No es un poco alejada? –preguntó mientras se preparaba un café con leche.

–No, solo queda un poco lejos del centro. Pero de noche no vamos a salir así que no veo cuál es la diferencia –dije tratando de que no me temblara la voz.

–No, está claro que no van a salir –me retrucó mi hermano–. Lo que digo es que si de noche tenés miedo y querés volver a dormir en tu camita con el osito de peluche te va a costar llegar. ¡Ja, ja, ja! –se burló y me sacudió el pelo.

–Muy chistoso –contesté con una mueca.

–Está bien. Pero mañana volví temprano porque nos quedan muchas cosas por hacer y nos vamos después del mediodía –me aclaró mi madre.

–Sí, y yo no te voy a ordenar nada del cuarto –me aseguró mi hermano.

Yo asentí. ¡Como si no supiera que no iba a ordenar nada! No lo hacía nunca, así que no sé por qué pretendía pasarse de listo. Creo que lo dijo para que mi madre pensara que era mucho más maduro que yo. Tenía apenas tres años más pero se creía mucho mayor. Y me trataba como si yo fuese su mascota. Sin embargo, a pesar de que podía haber contado que tenía seis pares de medias sin lavar debajo de la cama, me callé. No quería ponerme a discutir. Ya faltaba poco para ir a encontrarme con mis amigos y no quería demorarme con ninguna pavada. Además él casi siempre me adivinaba los pensamientos. No sé, a lo mejor tenía poderes telepáticos y cuando yo mentía se daba cuenta enseguida, así que decidí no correr riesgos y dejarle pasar el comentario.

Media hora después tenía todo pronto, mi mochila, la campera y algunas provisiones. Nadie desconfió cuando salí con mi linterna rumbo a la playa chica. El viento había aumentado y me costaba avanzar hacia el océano. Recorrí el camino cruzando las dunas y casi enseguida descubrí el haz de una linterna que me hacía guiñadas. Esa era la contraseña. Corrí contra el viento y llegué hasta la luz. Alexia se colocó el foco debajo del mentón y me miró con los ojos desviados. Largué la risa.

–¿Tuviste algún problema?

–No, ninguno. Mi hermano se puso un poco pesado pero ya sabés cómo es...

–En casa tampoco sospecharon nada. Mi madre se quedó leyendo y...

No siguió con la explicación porque en ese momento llegó Valentín, que parecía una ráfaga. Nos encandiló con la linterna, lo cual le agradecemos protestando, y después se sentó. Es que había tenido que esperar que su abuelo se durmiera para poder salir. Eso era lo único que me ponía nervioso del plan. Si el abuelo de Valentín no lo encontraba en la cama seguramente se iba a armar flor de lío.

18

–No te preocupes, nunca se despierta. Ronca toda la noche. Mi abuelo pesca todo el día y cae rendido. Además, tomé precauciones –aclaró haciéndose el canchero–. Hice la clásica, puse ropa en la cama y la cubrí con el acolchado. Desde la puerta no te das cuenta, parece que hubiera alguien acostado, o sea, yo –se rio.

–Además por algo elegimos la casa de Valentín, es la que está más alejada del pueblo –apoyó Alexia.

–Sí, es cierto –afirmé, aunque eso no me daba mucha tranquilidad, porque el abuelo de Valentín tenía una bicicleta y podía llegar a mi casa o a la de Alexia en un rato.

Alexia y yo habíamos pedido permiso en nuestras casas para quedarnos en la de Valentín y él se había escapado, no era una situación muy buena. Si caía Valentín, los demás éramos cómplices. No hubo tiempo de seguir dándole vueltas al asunto, ya estaba hecho. Ahora teníamos que ponernos en camino porque de noche y con aquel viento nos iba a llevar un buen rato llegar, además las mochilas pesaban bastante.

Nos pusimos en marcha. Teníamos varios quilómetros por delante.

Caminamos un buen rato hasta que las luces de las linternas enfocaron el primer saliente rocoso. Aquel que habíamos escalado y desde donde divisamos la posada. Trepas como monos durante el día era fácil, pero de noche y con aquel viento se hacía bastante peligroso. Alexia subió primero y nos alumbraba el camino. Poco a poco fuimos trepando, hasta alcanzar el punto más alto. De repente una ráfaga hizo que trastabillara y mi pie resbaló. Lancé un grito. Más por el susto que por el dolor, aunque me doblé un tobillo.

-¡Juanchi! ¿Estás bien? -preguntó ella.

-Sí -contesté.

-No te muevas que ya bajo -me advirtió Valentín.

No había sido para tanto porque por suerte la roca no era puntiaguda y caí sentado. De todas formas, mi amigo se aproximó y me revisó el tobillo.

-¿Te duele?

-Un poco.

-¿Querés volver?

-¡Ni loco! Esto fue para darle un poco de sabor a peligro -me reí.

-No le des más sabor y tratá de no caerte -se enojó Alexia.

-Tranquila, fue un resbalón.

Cómo me molestaba que me tratara así. ¿Ella no le tenía miedo a nada? No sé por qué las mujeres son tan seguras y nos tratan como si fuéramos nenes. Me levanté

con mi orgullo herido y con dolor en mi tobillo, y claro está no dije una palabra y tomé la delantera por un camino que tenía arena entre las piedras. Me sentía bastante molesto con Alexia. Valentín se puso a mi lado y fue alumbrando el nuevo recorrido, que se alejaba un poco del agua y era más largo, pero con la oscuridad y el viento era más seguro que saltar por las rocas.

20 Dimos la vuelta al saliente de piedra y antes de comenzar el descenso me di vuelta. Un escalofrío me recorrió el cuerpo. Tuve la sensación de que alguien nos seguía. Sin embargo, no dije nada, ya bastante tenía con lo del tobillo como para hacer semejante comentario. Podrían haber pensado que tenía miedo y que lo que buscaba era una excusa para volver. Y eso no pensaba hacerlo. Las tímidas luces del pueblo desaparecieron y el sonido del viento y la furia del mar ocuparon toda la noche.

Nosotros seguimos avanzando, todavía nos quedaba un largo trayecto hasta llegar a la Posada Vieja.